

## PRÓLOGO

*Dr. Carlos Bertolasi*

Al comenzar estas líneas, estoy convencido de que deberé extremar mi capacidad de síntesis, para evitar que resulte el prólogo más largo de la historia. Ello se debe tanto a las características de la obra como a las de su autor. Habitualmente, un libro científico reúne los elementos de un emprendimiento concluido. Semeja, por ejemplo, el estreno de una casa nueva, de la que podremos comentar sus planos, la terminación o el colorido, pero ya está; no será posible agregarle más habitaciones, pisos o cocheras.

De igual manera, habitualmente el libro científico es el colofón de un largo viaje. Atrás quedaron las hipótesis, los trabajos de investigación, la publicación parcial en revistas especializadas y las discusiones en congresos que agregan, quitan o enriquecen el producto original. Así, lentamente se construye un cuerpo de doctrina que luego es presentado con una estructura coherente, que facilita la comprensión y el análisis de la metodología científica seguida.

En cambio, en esta obra nos hallamos ante un nuevo desafío para progresar en la milenaria tarea de establecer, con una base cada vez más racional, la relación cuerpo-alma.

Si bien puedo coincidir en que toda aproximación en el conocimiento puede reconocer aspectos positivos y de los otros, creo que el dualismo cartesiano marcó el inicio de un largo camino de progreso hasta nuestros días.

Al descorrer velos sectarios que por entonces (y aún hoy) impedían escudriñar el alma, quedó expedito el camino para iniciar una marcha, a tuestas al inicio, hasta el asombro actual con el avance logrado y, aún más, con el esperado en las próximas décadas.

Más complicado resultó profundizar el conocimiento de la mente en su relación con la materia. Teorías ancestrales, posiciones dogmáticas, carencia de metodología consensuada e hipótesis con dificultad probatoria han sido obstáculos casi infranqueables hasta épocas más recientes. Afortunadamente, creo que ha comenzado una etapa en la que la madurez de gran parte de los involucrados resulta determinante para hallarnos ante una ciencia más humanizada y un humanismo más científico. Aunque pueda parecer obvio, el hombre necesitó varios milenios para entender que el geométrico incremento del conocimiento científico sólo multiplica la vastedad de lo aún desconocido. Asimismo, profundizar la comprensión de la mente exige que se adopte cierta metodología científica o crear otras “ad hoc” para fortalecer el cuerpo de doctrina.

Recordemos que en los albores de la Medicina se produjo el choque entre la escuela mágica de Esculapio y la primera pretensión racional de Hipócrates.

Milenios más tarde, la capacidad de curar por intuición (mezcla de experiencia previa y observación más convicción) dejó lugar a la “medicina basada en la evidencia”.

Algo parecido ocurre con el pronóstico del tiempo del gaucho y del meteorólogo. A comienzos del siglo pasado, la opinión del gaucho era insustituible; hoy, el gaucho se entera del pronóstico por la televisión.

Como decíamos, la “medicina basada en la evidencia” aumentó el rigor científico de la práctica médica, pero tanto progreso conlleva el riesgo de desnaturalizar este fundamental aporte.

Recordemos que confirma que un recurso es efectivo, pero su aplicación aún depende del buen criterio médico. Un progreso técnico (por ejemplo, un destornillador) puede ser muy útil para ajustar tornillos, pero también para asestar una puñalada (de acuerdo con su modalidad de empleo).

Muy confundido se halla quien usa a la “medicina basada en la evidencia” como “manual del buen conductor”. Sin duda demuestra que el automóvil es útil, pero de ninguna manera nos enseña a manejar.

La conjunción psicosomática en la práctica médica es reconocida por todos; la dificultad quizás resida en cuantificar la interacción.

Cuando hace ya muchos años planteamos que el progreso más importante de la historia médica ha sido la silla, tratábamos de simbolizar la relación médico-paciente y la prevención de la enfermedad.

Atrás quedaba el individuo postrado en su lecho y el médico erguido como expresión de “caso terminal” y desnivel del conocimiento. La silla inicia el diálogo entre seres humanos que persiguen iguales propósitos.

Podemos concluir entonces que en esta obra nos hallamos ante un tema actual, de gran trascendencia e imprevisible futuro.

Aunque no se explicita, creo útil también considerar a quién va dirigido este libro.

Por su temática y desarrollo, mi impresión es que el espectro de lectores puede ser muy amplio y abarcador.

Así será mejor la difusión, pero también acarrea riesgos que debemos recordar para evitar una lectura equivocada.

El médico debe comprender que se trata de una “ampliación del panorama” en lugar de un cambio de paradigma. Perdemos el tiempo si contraponemos teorías (especialidad argentina) en lugar de integrarlas, como se trata en el texto.

El profesional no médico, que no lo considere como un triunfo de la intuición sobre la razón. La aproximación científica en Medicina permite conocer la enfermedad y los recursos para su detección y tratamiento como principio general. La aproximación humanística permite entender al individuo, en su condición única.

Pero quizás quien mayor riesgo corre al leer esta obra es el lector no especializado que sólo busca información cultural a través de la lectura. Que jamás se sienta reflejado fielmente en alguna de las numerosas anécdotas o relatos de pacientes. Debe comprender que es necesario todo el proceso previo de formación científica, para dar acabada interpretación a un relato o una trayectoria. Y así como cada uno de nosotros portamos una impresión digital abso-

lutamente irreplicable, lo mismo ocurre con las circunstancias de la vida, aunque parezcan idénticas.

No es un texto para un lector desprevenido, pero por si hubiera alguno, sería útil recordarle que no debe caer en enfoques simplistas. El infarto de miocardio no es producto de una “rabieta”, sino de una posible alteración emocional y de una constelación de otros factores. Aun con haber sido importante, la baja temperatura no ha sido lo único responsable de la reciente nevada en Buenos Aires.

Para complicar aún más las cosas, factores externos influyen de un modo importante desde el punto de vista epidemiológico; ello dificulta descifrar la relación causa-efecto. La miseria, la inequidad, la desprotección social y el interés por el clientelismo político operan como “factores patógenos”.

Hace años se observó que en la ciudad de Karachi era posible reducir en un 50% la diarrea crónica y las infecciones con el lavado cotidiano de las manos. Fue imposible implementarlo porque el lavado costaba un dólar semanal por familia, mientras el ingreso total de más de la mitad de la población era de quince dólares en igual lapso. ¡Lavarse las manos consumía casi el 8% del ingreso!

En resumen, podemos imaginar a un lector aprisionado por la pasión del tema, pero respetando cuidadosamente cada mensaje. Estamos ante hipótesis que se redefinirán y podrán adquirir mayor o menor relevancia con el curso del tiempo, a partir de la investigación reglada y de una mejor estructura de aproximación al ser humano.

¿Y qué podemos comentar sobre el autor? Creo que hoy resulta sencillo emitir opinión sobre la trayectoria de Carlos Tajer. Pero ya hace años formulé un diagnóstico precoz, al considerarlo “una mente brillante”. Su evolución lo confirma. Habiendo llegado a ser una autoridad indiscutible en la Cardiología “científica”, toma actitudes definitorias. Primero: alerta sobre los riesgos de las “evidencias” en manos inmaduras o inmorales. Así, un recurso de extrema importancia puede desvirtuarse como en cualquier otra actividad, cuando el hombre aplica mal (errónea o intencionalmente) la tecnología. Segundo: propone indagar en profundidad la interacción entre cuerpo y alma.

Así como fue muy oportuno hace siglos separar la materia para someterla al rigor científico sin ataduras, quizás éste sea el momento de aproximarlas (no fusionarlas) para continuar avanzando en la aventura del conocimiento.

Por último, pero también fundamental, recurre a la ética como “controlador” de la tarea médica y de investigación.

No se detiene contra los burdos transgresores, por todos conocidos, y que sólo merecen la aplicación del Código Penal por jueces idóneos. También involucra al transgresor de guante blanco, que con disimulo corrompe, miente o tergiversa en beneficio propio o perjuicio del prójimo.

Dice Marcia Angell (ex editora en jefe del *New England Journal of Medicine*): “Un médico no debería escandalizarse ante un soborno gubernamental si recibe pagos indebidos o prebendas por su actividad profesional”.

Tajer coincide seguramente con José Ingenieros cuando dijo: “Son sujetos despreciables los predicadores de moral que no ajustan la conducta a sus palabras”.

Tuve la fortuna de trabajar durante años con **Carlos** y disfrutar del afecto y respeto mutuos. No hace falta mi ponderación cuando vemos que jóvenes generaciones lo siguen con devoción. No se equivocan: demuestran la capacidad de la juventud para identificar y seguir la huella de quien lo merece.

En algún momento nuestra sociedad podrá y deberá desarrollar una “masa crítica” de líderes capaces de promover el cambio en el que mi generación y tantas otras han fracasado. Dios lo quiera.

En conclusión, este libro es un llamado a la racionalidad en ciencia, a considerar al ser humano como tal y a la imprescindible necesidad de ajustar nuestra conducta a estrictas normas de comportamiento. ¿Se puede pedir algo más actual?

Dr. Carlos Bertolasi  
Buenos Aires, septiembre de 2007